

## Los tres mosqueteros\*

MARU ROCHA



Es la versión cinematográfica más pobre, vergonzosa y desafortunada de cuantas adaptaciones se han hecho hasta ahora respecto del clásico de Alejandro Dumas. Se nota a leguas que Paul W. S. Anderson, el creador de este despilfarro de talentos y recursos, se equivocó de cinta: parece ser el decorado perfecto para lucir la belleza y destrezas acrobáticas de Milla Jovovich (Milady de Winter) en una hipotética *Resident Evil* 6 (la No. 5 data del 2010, del propio Anderson, y las previas también), saga en la cual ha quedado definitivamente encasillada la guapa actriz y modelo ucraniana (quizás hasta exhalará algún día —cuando se instalen plenamente en los cines los formatos 4D u otros más avanzados— fragancias diversas de las casas de perfumes franceses); modelar es lo que mejor sabe hacer: lucir ropa de marca, tintes y maquillajes en las pasarelas y revistas, porque en lo que a actuación se refiere, nomás no convence; ha participado en otras películas, supuestamente dramáticas, en las que no se le quita ese aire de superdotada atleta mata-todo en temáticas de ciencia ficción barata.



El aparente gancho de *Los tres mosqueteros* (Alemania, Francia, Inglaterra y EU, 2011) sería la tan de moda tercera dimensión, pero ni eso la salvaría del aburrimiento que causa (por cierto, aquí en Colima no se exhibió en ese formato, lo cual se agradece). No la salva tampoco el caudal de actores de primer nivel que aparecen en ella. Esto es mortificante: ni siquiera el “perverso” Christoph Waltz (cardenal Richelieu) levanta

emoción ni clímax alguno; y digo que es preocupante por él, justamente. Este vienes, tras haberse llevado la gloria y honores en todo el mundo como uno de los villanos más terribles y perfectos de cuantos se han visto en cine, en esa magna obra *Bastardos sin gloria* (Quentin Tarantino, EU y Alemania, 2009), no ha podido superarse a sí mismo. Quizás entró por la “puerta falsa” a Hollywood: primero, con *El avispón verde* y luego en esa otra pseudo romántica y lacrimógena *Agua para elefantes*, ambas mediocres. Cuán importante es la labor de un director de cine, pues los que hasta ahora lo han dirigido en esta época de su vida (acá en América) han sido fatales; seguramente levantará cabeza y bríos bajo la dirección del mítico Roman Polanski en la esperadísima *Un dios salvaje* (de próximo estreno), al lado de otros súper actores (Kate Winslet, Jodie Foster y John C. Reilly).

Y continuando con la feria de talentos mal aprovechados en esta adaptación de las aventuras de los célebres espadachines franceses, se encuentran también Orlando Bloom (duque de Buckingham): ¿dónde quedó el carismático arquero Legolas de la saga esplendorosa de *El señor de los anillos*? Al igual que Waltz, tampoco ha hecho nada que valga la pena tras ese personaje encantador y valeroso de la trilogía tolkeniana. Ni qué decir de ese otro excelente actor danés Mads Mikkelsen (Rochefort), quien también es uno de los más aviesos villanos en largometrajes variados (uno de las más recientes, *Casino Royale*, de la serie Bond); en ésta, con todo y su parchecito en el ojo y su pinta de pirata sin barco, tampoco deslucen.



¿Y quiénes son, entonces, los que encarnan a los tres mosqueteros? Ray Stevenson (Porthos), quien, curiosamente, es el único que pone un poco de gracia y buen humor durante la desabrida trama. Matthew Macfadyen (Athos), Luke Evans (Aramis). Y el “cuarto del trío” (D’Artagnan), es un chavito anodino y arrogante, Logan Lerman, cuya única “gracia” había sido aparecer en esa pseudo película de fantasía *Percy Jackson y el ladrón del rayo*.

En conjunto, hay momentos tan burdos, tan patéticos, con un guión tan mal hecho y una pésima adaptación en cuanto al estilo del habla de la época, que *Los tres mosqueteros* parece más bien una sátira de ellos mismos, una versión penosa de comicidad involuntaria. Seguramente si la hubiera patrocinado la casa Disney, con todo y que sería para público mayoritariamente infantil (AAA), hubiera sido mucho mejor que este fiasco. En lugar del clásico lema de los mosqueteros “uno para todos y todos para uno”, sería: de todos, no se hace uno.

¿Qué diría Alejandro Dumas si viera destrozados tan penosamente a sus célebres personajes en este remedo de pseudo-héroes? Lástima de la inversión financiera en la que también se desperdician flagrantemente a buenos actores de América y Europa. Y lo peor: al final de las dos interminables horas en pantalla da toda la pauta para suponer que ya viene la siguiente entrega de la serie. Con ésta es más que suficiente para evitar las subsecuentes. La cereza del pastel: hubo huidas notorias de varios espectadores a media función, con toda razón, pues tras una hora de la insípida historia, no acontecía nada significativo ni merecedor de quedarse más tiempo.

[marurochaz@yahoo.com.mx](mailto:marurochaz@yahoo.com.mx)

\*Publicado en *El Comentario Semanal* No. 57 (Lunes 7 de noviembre de 2011).